



Construir espacios urbanos desde las geografías de género y de las sexualidades


The construction of urban spaces from the geographies of gender and sexuality

Moreno M. (2023). Construir espacios urbanos desde las geografías de género y de las sexualidades. *GeoGraphos*, 14(1), 93-102. <https://doi.org/10.14198/GEOGRA2023.14.1.07>

Magdalena Moreno

Universidad Nacional de Tres de Febrero (UNTREF), Argentina

magdalenamorenoivan@gmail.com

 <https://orcid.org/0000-0002-3631-1850>

Resumen

La Geografía es la ciencia que se ocupa de estudiar el espacio, entendido éste como una instancia más de la totalidad social. En este trabajo se propone reflexionar sobre el espacio urbano desde las Geografías de género y de las sexualidades. En un primer momento se presentará una concepción del espacio geográfico a partir de la recuperación de los aportes de Doreen Massey, para luego pensar su cruce con la perspectiva de género y la mirada interseccional. A continuación, se mostrarán diversas maneras de habitar y construir el espacio urbano a través de casos que permiten ejemplificarlas.

Analizar la sociedad en términos de género no implica simplemente visibilizar o incorporar a las mujeres a los estudios, sino comprender las relaciones que se producen entre las personas con diferentes identidades de género; de allí que analizar desde una perspectiva de género requiere pensar de manera relacional. Este comportamiento sexualizado tiene una dimensión espacial y está conformado por normas e ideas sobre la sexualidad. De modo que un mismo espacio físico adquirirá diferentes significados para cada colectivo según su posicionalidad con respecto a los sistemas sociales dominantes.

Recibido: 05/11/2021. Aceptado: 08/01/2023

Conflicto de intereses: La autora declara no tener conflicto de intereses.

© 2023 Magdalena Moreno.

Este trabajo se comparte bajo una licencia de Atribución-NoComercial 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY-NC 4.0): <https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/>



Palabras clave: espacio urbano; Geografías feministas; sexualidad, interseccionalidad, género.

Abstract

Geography is the science that deals with the study of space, understood as one more instance of the social totality. This paper proposes to reflect on urban space from the perspective of the geographies of gender and sexualities. First, a conception of geographic space will be presented based on the recovery of Doreen Massey's contributions, to then consider its intersection with the gender perspective and the intersectional gaze. Then, different ways of inhabiting and constructing urban space will be shown through cases that allow us to exemplify them. Analyzing society in terms of gender does not imply simply making women visible or incorporating them into studies, but understanding the relationships that occur between people with different gender identities; hence, analyzing from a gender perspective requires thinking relationally. This sexualized behavior has a spatial dimension and is shaped by norms and ideas about sexuality. that the same physical space will acquire different meanings for each group depending on their positionality with respect to the dominant social systems.

Keywords: urban space; feminist geographies; sexuality, intersectionality, gender.

1. INTRODUCCIÓN

El espacio geográfico queda configurado en un gran mundo de relaciones. En este ensayo se considera que el espacio es relacional, modificable, no acabado y que depende de las relaciones sociales. Esta conceptualización está dada por las mismas características del espacio urbano, que imponen la necesidad de pensar al espacio en términos relacionales:

El espacio no es absoluto, ni relativo, ni relacional en sí mismo, pero puede convertirse por separado o simultáneamente dependiendo de las circunstancias. El problema de la correcta concepción del espacio es resuelto por la práctica humana en relación con él. (...) El espacio relacional se convierte en un aspecto importante de la práctica social humana. (Harvey, 2006, 14, traducción propia).

Concebir al espacio como relacional significa que el espacio no es un absoluto que existe por fuera de los procesos sociales, sino que es en esas mismas relaciones que se define su creación y, por tanto, no está predefinido, sino que está sujeto a cambios. Siguiendo a Doreen Massey (2011), se propone pensar que el espacio es un producto de interrelaciones sociales, una posibilidad para la existencia de la multiplicidad, la heterogeneidad y la pluralidad. El espacio, al entenderse como constituido por las relaciones sociales siempre se está haciendo, no es un producto acabado. Doreen Massey plantea las siguientes tres proposiciones para conceptualizarlo:

1. El espacio es producto de interrelaciones. Se constituye a través de interacciones, desde lo inmenso de lo global hasta lo ínfimo de la intimidad. (...).
2. El espacio es la esfera de la posibilidad de la existencia de la multiplicidad; es la esfera en la que coexisten distintas trayectorias, la que hace posible la existencia de más de una voz. Sin espacio, no hay multiplicidad; sin multiplicidad, no hay espacio. Si el espacio es en efecto producto de interrelaciones, entonces debe ser una cualidad de la existencia de la pluralidad. La multiplicidad y el espacio son co-constitutivos.
3. (...) siempre está en proceso de formación, en devenir, nunca acabado, nunca cerrado. (Massey, 1999: 104-105).

La primera proposición marca una clara diferencia con aquellas conceptualizaciones del espacio que indican que éste es el mero escenario de los fenómenos sociales; es decir, que el espacio es una porción de la superficie terrestre en el que se puede ubicar y localizar cualquier fenómeno: características climáticas, geomorfológicas o demográficas e, incluso, diferencias producidas por la organización social de género, como pueden ser las económicas. En esos casos, la cuestión geográfica se ve reducida a un simple plano sobre el que puede evidenciarse la desigual distribución espacial de un proceso.

Doreen Massey también se diferencia de aquellas concepciones del espacio que lo conciben como un producto más de las relaciones sociales, dadas por actores que responden a su esencia constitutiva. Esto es, la autora nos permite pensar que no hay nada del orden de lo invariable en la constitución del espacio sino que asume un compromiso con el antiesencialismo:

(...) esta política antiesencialista toma la constitución de las identidades en sí como una de las cuestiones centrales que están en juego en la política. En lugar de aceptar y trabajar con las identidades ya constituidas, esta política antiesencialista pone el acento en la constructividad de las identidades y los objetos (...) Por lo tanto, no sólo existe un paralelo entre la manera de conceptualizar el espacio y la de conceptualizar entidades/identidades (como los sujetos políticos), sino que también el espacio es, desde un principio, parte integral de la constitución de esas subjetividades políticas. (Massey, 1999, pp.106-107).

A su vez, la autora propone pensar al espacio como posibilidad para la existencia de la multiplicidad, la heterogeneidad y la pluralidad. Esto requiere abandonar las teorías explicativas que presentan los procesos espaciales como exclusivamente temporales, es decir, que las múltiples trayectorias que existen en la actualidad son presentadas como más avanzadas unas y menos desarrolladas otras, pero siempre en la misma dirección histórica. Esto implica pensar que existe un único destino histórico para todas las sociedades y que éste es inevitable: solamente es cuestión de que aquellos lugares que aún no se han desarrollado, lo alcancen. Como señala la geógrafa inglesa, dicho camino único es, en verdad, el que han recorrido determinadas sociedades occidentales y es una concepción centrada en un sujeto masculino, cisgénero, heterosexual, blanco y burgués. Esta universalización de un sujeto específico es cuestionada por Doreen Massey quien,

de este modo, afirma que el espacio habilita la existencia de las interacciones sociales y, en consecuencia, de la multiplicidad contemporánea y coexistente.

2. METODOLOGÍA

Este trabajo se fundamenta en los métodos desarrollados tradicionalmente desde la geografía social y más concretamente la geografía de género. No obstante, en la actualidad se hace referencia a la geografía feminista con métodos y metodologías de análisis espacial más influyentes que examina cómo el género influye en la organización del espacio geográfico y en las interacciones humanas con este.

Entre las metodologías aplicadas se ha tenido en cuenta el análisis de datos y la revisión de estudios previos sobre geografía feminista realizados y publicados por la propia autora, así como un vacío bibliográfico de autoras de referencia como Judith Butler (1990), Valerie De Craene (2017) o Doreen Massey (2011), entre otras.

De la misma forma, se ha abordado este trabajo a partir de los criterios de una geografía feminista con análisis espacial y las herramientas cartográficas necesarias para determinar diferentes dinámicas espaciales. Así como, también se ha aplicado un análisis interseccional que aporta una visión trascendental en las relaciones socioespaciales.

3. RESULTADOS

3.1 Las geografías de género y de las sexualidades

La Geografía es la ciencia que se ocupa de estudiar el espacio, entendido éste como una instancia más de la totalidad social. Hasta la década de 1970 el espacio fue considerado como un conjunto homogéneo en términos de género y la particular experiencia espacial de un determinado sujeto hegemónico fue presentada como representativa del conjunto de la sociedad. Ante esta situación, las Geografías de género y de las sexualidades vienen estudiando las problemáticas espaciales considerando la estructura de género en la que se organizan las sociedades. Esto viene siendo llevado a cabo a través de la

incorporación de los aportes teóricos y políticos del feminismo, de la teoría de género y de la teoría queer. Es decir, estas Geografías explican los modos en que los procesos sociales modifican el espacio como así también son modificados por éste, en función de la organización de la sociedad en un sistema de sexo-género determinado.

Analizar la sociedad en términos de género no implica simplemente visibilizar o incorporar a las mujeres a los estudios, sino comprender las relaciones que se producen entre las personas con diferentes identidades de género; de allí que analizar desde una perspectiva de género requiere pensar de manera relacional. Si bien existe un consenso generalizado sobre que las relaciones de género son relaciones de poder, cómo se constituyen y qué es el género son aún materia de discusión dentro de las Ciencias Sociales.

La Geografía de género responde al planteo teórico del enfoque que identifica que la diferencia sexual se construye socialmente y, a partir de la determinación de la existencia de distintos géneros, se establecen diferencias que serán traducidas como desigualdades. Si bien la Geografía de género constituyó un importante giro en la conceptualización de las relaciones de género y de cómo estudiarlas espacialmente, fue a partir de los aportes de la teoría queer que se producirá una nueva mirada que modificará profundamente el modo de concebir a la sexualidad y, en consecuencia, se constituirán las Geografías de las sexualidades.

Si bien en la actualidad continúan llevándose a cabo estudios centrados en “la mujer” o en las relaciones entre los géneros, el crecimiento en la producción de las Geografías de las sexualidades ha sido notable desde finales de la década de 1980 y, especialmente, a partir del siglo XXI. Fue en ese momento que se produjo un quiebre innovador cuando la Geografía incorporó los planteos teóricos de Judith Butler y, específicamente, de la teoría queer y de la interseccionalidad. La autora considera que el género se crea y se mantiene a través de un discurso y de los actos cotidianos. Butler (1990) plantea que el género es performativo, esto quiere decir que los seres humanos actuamos o nos mostramos de una manera particular en el espacio y así construimos nuestro género con el que nos presentamos al mundo. Si bien estas prácticas están naturalizadas, el hecho de mostrarse o actuar un determinado género es algo que se produce y reproduce constantemente; y que produce efectos. El comportamiento de género se constituye como la ficción reguladora que representa la heterosexualidad que obliga a las personas a comportarse conforme a las normas hegemónicas que definen los roles masculinos y femeninos en cada contexto social específico:

Hablar de performatividad del género implica que el género es una actuación reiterada y obligatoria en función de unas normas sociales que nos exceden. La actuación que podamos encarnar con respecto al género estará signada siempre por un sistema de recompensas y castigos. La performatividad del género no es un hecho aislado de su contexto social, es una práctica social, una reiteración continuada y constante en la que la normativa de género se negocia. En la performatividad del género, el sujeto no es el dueño de su género, y no realiza simplemente la “performance” que más le satisface, sino que se ve obligado a “actuar” el género en función de una normativa genérica que

promueve y legitima o sanciona y excluye. En esta tensión, la actuación del género que una deviene es el efecto de una negociación con esta normativa (Sabsay, 2009, p.1).

En consecuencia, el género es entendido como una construcción discursiva y una ficción relacional. En este marco, el sexo no es entendido como una configuración anatómica sino como una construcción que determina al género. En términos espaciales, este giro conceptual permitió concebir que, así como las identidades nunca son fijas sino que van modificándose a partir de ciertas performances, lo mismo ocurre con la producción del espacio:

Este comportamiento sexualizado tiene una dimensión espacial y está conformado por normas e ideas sobre la sexualidad. La sexualidad define nuestro uso del espacio, y el espacio da forma a nuestras identidades y relaciones sexuales (Browne et al., 2007). Lo que se considera 'buena sexualidad' será más visible en el espacio (por ejemplo, una pareja heterosexual casada con hijos), mientras que la 'mala sexualidad' estará prohibida o será desplazada a callejones u otros espacios menos visibles, como por ejemplo, distritos de luz roja, (En Hubbard, 2008, citado en De Craene, 2017, p. 98).

A su vez, se complejizó la mirada al visibilizar las experiencias de diversos sujetos con identidades de género no dicotómicas o que no responden al binomio mujer cisgénero - varón cisgénero. Es decir, las Geografías de las sexualidades investigan los efectos espaciales de los procesos sociales que nombran y categorizan a los seres humanos: "más específicamente, el campo explora 'preguntas sobre las formas en que las sexualidades son geográficas, o la cuestión de cómo se sexualizan los espacios y lugares'." (Browne et al., 2007, citado en De Craene, 2017, p.97).

3.2 La perspectiva interseccional

Surgido del movimiento feminista negro afroamericano de Estados Unidos, el término interseccionalidad fue acuñado en 1989 por la activista feminista Kimberlé Williams Crenshaw. El mismo es utilizado para identificar las diferentes opresiones (precariedades, en términos de Butler) que se entrecruzan configurando las diversas experiencias de los sujetos de una sociedad. Es decir, el concepto de interseccionalidad se utiliza para referirse al modo en que las personas están atravesadas por múltiples opresiones, ya sean éstas de género, de clase, por procesos de racialización, etarias, de nacionalidad, etc. De esta manera, Crenshaw (1991) propone que para poder explicar los fenómenos sociales deben considerarse las diferentes opresiones que viven las personas, no en términos de simple mención o sumatoria, sino en el carácter integrador de las experiencias vividas por las personas a partir del interjuego que estas opresiones generan. Entonces, este concepto no hace referencia a la suma de subordinaciones que estructuran la subjetividad de las personas, sino que se utiliza para identificar las situaciones de cruces, de intersección entre esas subordinaciones.

3.3 Comprender los espacios urbanos desde las sexualidades

Estudiar los espacios urbanos es un proceso que puede desarrollarse a través de enfocar el análisis en diferentes aristas como pueden ser: 1) los simbolismos de género en las ciudades (¿cuáles son los nombres de las calles que recorreremos habitualmente? ¿A quiénes se reconoce en los monumentos de las ciudades?); 2) los imaginarios urbanos que las sociedades construyen sobre cada lugar de la ciudad a partir de las vivencias que han tenido en esos espacios; y 3) los actos de resistencias y estrategias colectivas de ocupación y transformación de las ciudades (por ejemplo, las masivas manifestaciones que se han vivido en diferentes partes del mundo, pero mayoritariamente en América Latina, para reclamar la sanción de leyes que garanticen derechos vinculados a los movimientos feministas y de disidencia sexual como puede ser el aborto libre, gratuito y seguro o el matrimonio igualitario).

Sin embargo, este breve ensayo no se centrará en dichos análisis sino en mostrar algunos ejemplos que permitan comprender la importancia de estudiar y construir el espacio urbano considerando los diferentes actores y funciones que participan en la creación de la vida diaria. Si se desplaza del foco de atención el sujeto hegemónico para el cual han sido construidas las ciudades, puede verse que los usos que realizan las identidades feminizadas, principalmente mujeres cis heterosexuales, del espacio público urbano están estrechamente mediatizados por las responsabilidades familiares de cuidado y las tareas domésticas. Esto conlleva a una relación estrecha con el entorno inmediato, generando múltiples desplazamientos en una escala barrial. Cabe preguntarse entonces por los específicos significados que adquiere el espacio público de las ciudades para quienes llevan a cabo las tareas mencionadas.

Por otro lado, también pueden analizarse el espacio urbano a partir de la visibilización de la presencia de lesbianas en el espacio público y las violencias que se ejercen sobre ellas quienes construyen diariamente el espacio cisheteronormado. Un claro ejemplo de esto fue el caso de una joven que fue detenida por la Policía de la Ciudad de Buenos Aires por besar a su esposa en una estación de tren. Este acto puso de manifiesto la intención de los sectores dominantes de sostener un espacio regido por la heteronorma donde las prácticas sexuales disidentes no están habilitadas y, aún más, son sancionadas y reprimidas.

Otra situación que nos permite mostrar las diferentes perspectivas que pueden recuperarse al analizar el espacio urbano desde las Geografías de las sexualidades es la que relata Lohana Berkins, referente argentina del colectivo travestis-trans. A veinte años de las movilizaciones que se dieron en ese país para poner fin al modelo socioeconómico neoliberal, es importante comprender y visibilizar que quienes se manifestaron no fueron sólo sujetos hegemónicos sino que fue el conjunto de la población la que salió a las calles a protestar. Las miradas sobre esas movilizaciones variarán según el sujeto colectivo que las haya vivido. En este sentido, Berkins cuenta:

“Regresando a la pregunta de qué significó el 19 y el 20 de diciembre para las travestis puedo decir que por primera vez nos sentimos unidas a un reclamo en común: el no rotundo a la imposición del estado de sitio. Vale ahora plantear una diferencia: para las

travestis, el estado de sitio es a diario. La rutinaria persecución policial, las acostumbradas restricciones a circular libremente por las calles portando una identidad subversiva, los permanentes obstáculos para acceder a derechos consagrados para todos/as los/as ciudadanos/as del país, entre otros, hacen de la vida travesti una vida en estado de sitio. Quizá por eso se escuchó a algunas compañeras que participaron en las jornadas del 19 y 20 decir bajito ahora nos tocó a todos y todas. (...) De las ventanas de Palermo, de las de San Telmo, Constitución y Flores, las travestis asomamos nuestros rostros a medio maquillar o con el rímel ya corrido, luego de una noche de pocos clientes y mucha caminata. Fuimos sumándonos a ese grito rebelde que se juntaba en la esquina, en la calle, en las avenidas. Al lado de nuestros vecinos y vecinas, nuestro primer motivo de asombro fue no escuchar aquellos acostumbrados insultos con que muchos nos identificaban: negritas, viciosas, sidosas. Fue una sorpresa advertir que por una vez las exageradas siliconas, los pudorosos genitales, las indecorosas pinturas y corpiños se desvanecían tras la protesta social, se ocultaban en ella. Curiosamente, o no tan curiosamente, cuando no nos miraban fue cuando mejor miradas nos sentimos. Allí éramos una vecina más” (Berkins, s/f).

Un último ejemplo que permite pensar los espacios urbanos desde la interseccionalidad es el que responde a la pregunta “¿qué significa salir a caminar o dar un paseo?” según la mirada de diferentes actores sociales. Desde la perspectiva del flâneur salir a pasear adquiere un particular sentido que será distinto al de una paseante mujer cisgénero (como relata Laura Elkin en su libro *Flâneuse*). Pero una gran diferencia estará marcada por las disponibilidades corporales para caminar por la ciudad (to take a walk), tal como evidencia Sunaura Taylor:

“Me mudé a San Francisco principalmente porque es el lugar más accesible del mundo. Y parte de por qué es tan increíble para mí es eso, es que el acceso físico, el hecho de que el transporte público sea accesible, hay rampas en la mayoría de los lugares, en casi todos los lugares donde voy hay rampas, los edificios son accesibles. Y lo que eso hace es que también conduce a una aceptación social, a que, de alguna manera, porque hay un acceso físico simplemente hay más discapacitados por el mundo. (...) Así que el acceso físico en realidad lleva a un acceso social, a una aceptación. (...) Puedo ir a la cafetería y tomar la taza con mi boca y llevarla hasta mi mesa. Pero después eso también se vuelve casi más difícil por los estándares normalizadores de nuestro movimiento y la incomodidad que eso causa. Cuando hago cosas con partes del cuerpo que no coinciden con aquellas para las que suponemos que están hechas” (En Butler, s/f).

4. CONCLUSIONES

En definitiva, el hecho de comprender las relaciones espaciales que se producen entre las personas con diferentes identidades de género deriva en el análisis del espacio geográfico desde una perspectiva de género que conlleva pensar directamente de manera relacional, por muy complejo que sea. Este comportamiento sexualizado tiene una dimensión espacial y está conformado por normas e ideas sobre la sexualidad. De

modo que un mismo espacio físico adquirirá diferentes significados para cada colectivo según su posicionalidad con respecto a los sistemas sociales dominantes.

Con estos ejemplos, se ha intentado mostrar que un mismo espacio físico adquirirá diferentes significados para cada colectivo según su posicionalidad con respecto a los sistemas sociales dominantes (capitalismo, cisheteropatriacardo, adultocentrismo, capacitismo, entre otros) y la importancia de considerarlos al momento de diseñar, construir y habitar el espacio urbano.

5. BIBLIOGRAFÍA

Berkins, L. (s/f). Las travestis tejimos rebeldía. Revista Anfibia. Disponible en: <https://www.revistaanfibia.com/las-travestis-tejimos-rebeldia2/>

Butler, J. (1990). El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad. Barcelona, España: Paidós.

Butler, J. (s/f). Judith Butler en Examined Life [Video]. Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=vLvFTHLpo3Q&t=285s> [Judith Butler en Español]

De Craene, V. (2017). Geographies of sexualities: bodies, spatial encounters and emotions. Royal Dutch Geographical Societe -KNAG, Vol. 108, No. 3, pp. 261-274. <https://doi.org/10.1111/tesg.12256>

Crenshaw, K. W. (1991). Mapping the Margins: Intersectionality, Identity Politics, and Violence against Women of Color. Stanford Law Review, 43 (6), pp. 1.241-1.299. <https://doi.org/10.2307/1229039>

Elkin, L. (2016). Flâneuse: Una paseante en París, Nueva York, Tokio, Venecia y Londres. Barcelona: Malpaso.

Harvey, D. (2006). Space as a Keyword, En N. Castree & D. Gregory (Eds.), A critical reader David Harvey. India: Blackwell Publishing. <https://doi.org/10.1002/9780470773581.ch14>

Massey, D. (2011). For Space. Los Angeles: Sage Publications.

Massey, D.; Allen, J., Sarre, P. (1999). Human Geography Today. Polity Press.

De Craene, V. (2017). Geographies of sexualities: bodies, spatial encounters and emotions. Royal Dutch Geographical Societe -KNAG, Vol. 108, No. 3, pp. 261-274. <https://doi.org/10.1111/tesg.12256>

Sabsay, L. (2009). Judith Butler para principiantes. En Suplemento: soy del periódico, p.12. Recuperado de <https://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-742-2009-05-08.html>

Solnit, R. (2020). Una guía sobre el arte de perderse. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Fiordo.